

# El 98 español visto desde el Uruguay

*María Emilia Pérez Santarcieri*

## **I. La situación de Uruguay por entonces**

La República Oriental del Uruguay cumplía setenta años de existencia en 1898. En efecto, había sido en 1828 cuando se firmó la Convención Preliminar de Paz entre el emperador de Brasil y el gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata, dando nacimiento al nuevo Estado, y poniendo fin a las luchas que desde 1825 se habían sostenido para acabar con el dominio brasileño, sucesor del dominio portugués.

Siglo de muchos conflictos bélicos había sido el XIX: las invasiones inglesas en 1806 y 1807; la insurrección de la campaña de 1811, en la que destaca la figura de Artigas; la dominación bonaerense de 1814 a 1815; la invasión portuguesa de 1816.

Después de instaurado el nuevo Estado, el panorama no fue más tranquilo. No se había cumplido totalmente el mandato del segundo presidente constitucional, cuando se asiste a los prolegómenos de lo que será la Guerra Grande (1839-1852), un conflicto, no ya rioplatense sino internacional, puesto que intervinieron en él, además de los países del Plata, el imperio de Brasil, la tendencia independentista riograndense de los *farrapos*, Francia, Inglaterra y el famoso Garibaldi. Esta guerra, que puso en juego la existencia del Estado Oriental, tenía en lo local, como base, el antagonismo de dos bandos, que seguían respectivamente a Manuel Oribe y a Fructuoso Rivera. Aunque el peso del caudillismo era grande, no eran sólo adhesiones a una figura sino también dos modos de sentir y de pensar el país. Esos dos bandos se transformaron con el tiempo en dos partidos políticos: el Colorado y el Blanco, llamado oficialmente Nacional. Desde su aparición en 1836, las luchas por el poder fueron constantes, dando lugar a numerosos levantamientos armados.

El año 1897 había sido particularmente agitado. Habiéndose producido un levantamiento de los blancos, se hacía difícil la concertación de la paz. Fuera del contexto político, un joven atentó contra la vida del presidente

Idiarte Borda, quien salía en esos momentos de un *Te Deum*, que se celebraba por ser día de fiesta patria.

Pero no sólo había conflicto entre blancos y colorados, sino que en el propio partido de gobierno había fuertes tensiones. Juan Lindolfo Cuestas, presidente del Senado, ocupó la presidencia de la República, vacante por la muerte de Idiarte Borda, tal como lo ordenaba la Constitución. Quedaba un año de mandato y debía elegirse nuevo presidente en 1898. Cuestas pudo hacer la paz con los blancos y se aproximó a la oposición, que lo hizo su candidato para las próximas elecciones; pero lo que no logró fue convencer a sus antiguos correligionarios de las cámaras para que lo eligieran a él. Por ello, dado que contaba con todo el apoyo de la oposición, dio un golpe de Estado el 10 de febrero de 1898.

Como es de imaginarse, el país venía de pasar por una situación muy grave y se enfrentaba a nuevas tensiones, y no parecía estar en las mejores condiciones para ocuparse de los sucesos del exterior.

## II. La prensa española de la época

El volumen de la población española en Montevideo, según el censo de 1889, citado por Washington Reyes Abadie y Andrés Vázquez Romero en *Crónica General de Uruguay*, era de 32.645 personas, que representaban algo más del 15% de los habitantes del departamento de Montevideo. Era el contingente extranjero más numeroso después del italiano, el cual se había incrementado desde fines de la década de los sesenta, y representaba en 1889 el 22%. El censo siguiente se hizo en 1899, excluyendo al departamento de Montevideo por haber sido objeto de censo municipal diez años antes, por lo cual hacia 1898 no tenemos cifras precisas. Es claro que no registrándose variables significativas en la afluencia inmigratoria española, puede aceptarse que se mantuviera aproximadamente la proporción señalada.

Por el año 1898, se editaba *La Voz de España*, cuya lectura nos permitió ver la consideración que los hechos que sucedían por entonces en la Madre Patria, merecían a la colectividad española.

En *La Voz de España* había todo tipo de informaciones, no faltando los avisos comerciales, que contenían a veces nombres que luego escalaron socialmente. En una época en que el catolicismo tradicional sufría los embates de un anticlericalismo trepidante, tenían cabida tanto las noticias de los oficios de Semana Santa, como las de las obras de la significativamente llamada Asociación Liberal de Beneficencia de la Aguada. Apare-

cían pocos avisos funerarios y bastantes datos correspondientes a los espectáculos teatrales que tenían lugar en las salas San Felipe y Cibils, hoy desaparecidos, y el Solís, que data de 1856 y que es todavía un justo motivo de orgullo montevideano. Las zarzuelas eran representadas con frecuencia y también las óperas.

No se estaba ajeno a los acontecimientos europeos contemporáneos, por ejemplo: los nuevos libros de Lombroso o el proceso Zola, que ocasionaba reuniones. Se publicaba en forma de folletín *El Conde de Montecristo* de Alejandro Dumas, que aunque de años atrás, gozaba aún del fervor público, así como una obra de prospección: «Lo que será el mundo en el año 3.000», en la que en medio de muchas fantasías se vislumbra el dominio de la máquina sobre el hombre y se avizoran métodos de cruzamiento humano. Su autor era Emilio Souvestre, nombre hoy olvidado.

Lógicamente, las páginas de *La Voz de España* tenían ecos de lo que sucedía a nivel político nacional; así se recoge la noticia de reuniones en pro de la candidatura de Cuestas o el relato de la muerte, en un accidente, de Diego Lamas o se da cuenta del obsequio de una espada de Toledo a Aparicio Saravia por parte de los socios del Club Nacional o de la misa con motivo de cumplirse el primer aniversario de la muerte del presidente Idiarte Borda. Pero se trataba de un diario español y por lo tanto, todo lo relacionado con España era lo principal de su temática. Todos los días se publicaban las efemérides hispánicas, y cada pocos números se desarrollaban pequeños artículos que exaltaban episodios salientes de la historia de España, como pueden ser la entrevista de Santa Fe entre los Reyes Católicos y Colón o la evocación del Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba o la entrada de las tropas españolas en la capital de Nápoles o el bombardeo de Barcelona por Felipe V o la recordación de la muerte de Jorge Manrique o la de Juan el Latino.

Y si importaban el pasado y la persistencia de los valores de la hispanidad, el mundo latino y la cultura católica, la comprometida situación del otrora poderoso imperio español, era la más importante noticia.

Desde comienzos de enero de 1898 la cuestión cubana aparece diariamente, llegando prontamente a ocupar casi un tercio del diario, que salía publicado en cuatro enormes páginas, como era la usanza de entonces. Cables procedentes de Madrid, de Nueva York y de Cuba, cubren dos o tres columnas diariamente.

Todo este panorama lleva, por el mes de febrero, a la conclusión de la inminencia de un conflicto armado. Desde el episodio del *Maine*, comienzan las especulaciones sobre la posibilidad de las fuerzas y sobre la mediación papal. La imagen del adversario *yankee* resulta menoscabada a partir

de comentarios sobre la propia prensa estadounidense, pues se la describe con profusos diseños, pero con un carácter extravagante, ya que en medio del conflicto se comentan raptos, divorcios, etc. Se habla de «el orgullo yankee, de suyo exagerado y chabacano». Además, se señalaba que la actitud belicista de la prensa halagaba los sentimientos de un público que alimentaba la venta de 632.217 ejemplares el domingo. «El odio español es honra de los americanos» dice un subtítulo, aludiendo al odio que se ganó el diario por parte de los españoles.

Son numerosos los artículos reproducidos tanto de España como de diferentes partes de Hispanoamérica. Los primeros, a su vez, recogen citas de los políticos españoles más conspicuos: de Cánovas del Castillo se recuerda, por ejemplo, su temeraria expresión: «¡Mientras España tenga un soldado y unas pesetas, Cuba será española!»; de Castelar, se recoge su impresión de que los periodistas de Estados Unidos no son hombres de pluma, sino de empresa. Los segundos sostienen, lógicamente, opiniones favorables a España en la contienda que se había desatado.

Se suceden unas tras otras las alternativas del problema, desde las especulaciones sobre la posibilidad de la guerra hasta las vicisitudes de la guerra misma, acompañadas, a veces, por mapas ilustrativos o algún dibujo retratando algún personaje, a Cervera, por ejemplo.

En el ejemplar del 6 de abril se da cuenta de la convocatoria hecha por la Comisión Patriótica Española en el Centro Gallego –aún existente–. El acto comenzó con la marcha de *Cádiz* y el himno de Riego, ejecutados al piano. El propósito era la recolección de fondos. Hicieron uso de la palabra connotados españoles como el doctor Suñer y Capdevila –destacado docente de la Facultad de Medicina–, el doctor Cebrián y el doctor Serratosa; don Tomás Claramount –importante maestro y profesor de contabilidad, quien aparece en algún aviso como profesor y contador público, publicitando clases– y don Leoncio Monje. Tres días después, se formula un pedido de ayuda para recolectar vendas y algodones, curiosamente dirigidos a las mujeres. Se recuerdan las actitudes de Fortunato Flores y del filántropo médico doctor Sabino A. Posadas. Del señor Flores hablaremos más adelante.

El día 28 de abril se informa de la integración de la Comisión Patriótica, siendo confirmado como presidente el doctor Ayala, Pedro Mir en secretaria, como tesorero Francisco B. Helguera y como vocales: Telesforo Arteaga, Cipriano Martínez, Ramón Rodríguez Alonso, José López Saralegui, Leoncio Monje, Juan Antonio Grela, Luis Ignacio García, doctor Suñer y Capdevila, doctor Baldomero Cuenca, doctor Francisco Azarola y Azanza, José Ortiz de Taranco, Ramón Rivera y doctor Antonio Rivera y Pérez. De

allí en adelante comienza a aparecer la lista de la llamada suscripción patriótica en la que figura la lista de la llamada suscripción patriótica en la que aparece el Ministro de España contribuyendo con doscientos pesos, al igual que el propio diario *La Voz de España*. El punto alto lo constituyen los aportes de Taranco y Cía., de Francisco B. Helguera y de Telesforo Arteaga con cinco mil pesos cada uno. Cabe señalar que los Taranco fueron hermanos que emigraron uno tras otro desde España al Uruguay, logrando amasar una fortuna, especialmente como importadores. Mandaron edificar una residencia que se considera el primera palacio que tuvo Montevideo. La misma se halla en pie y en ella se alojó quien fuera luego, fugazmente, Eduardo VIII del Reino Unido de Gran Bretaña; y en ella el cardenal Samoré, delegado papal, concertó la firma de un tratado entre Argentina y Chile, poniendo fin a un peligroso entredicho.

Suñer y Capdevila se suscribió con quinientos pesos y el secretario de la Legación Española con cien pesos, ubicándose entre esos valores la mayoría de los aportes, aunque los había también de cincuenta, veinticinco, veinte y aún diez pesos. En mayo se agregan nuevos nombres a la lista de suscripciones, comienzan a aparecer apellidos de origen no español—especialmente italianos— así como mujeres. También se da cuenta desde entonces del apoyo recibido del interior (Tacuarembó, Tala, Trinidad, Canelones). Al ampliarse la base popular de la suscripción, los aportes bajan en su valor individual, hallándose varios de un peso y algunos de cincuenta centésimos; pero en conjunto ya se pudo hacer una remesa de un millón de pesetas.

Hubo también otro tipo de adhesiones. Por ejemplo, el día 14 de mayo se acusa recibo de un folleto de Pedro Cosi «joven ventajosamente conocido en nuestras letras y director de *La Verdad* de Rivera». El autor se manifestaba a favor de la causa de España. El articulista hacía notar la buena impresión del folleto proveniente de *La France* de Rivera. Cabe aclarar que Rivera es una ciudad fronteriza con Brasil, muy alejada de la capital.

El toque de bizarría lo dio en Montevideo, en medio de la lucha, la actitud de un famoso comerciante, Francisco San Román, fundador de los dos cafés más famosos de fines de siglo XIX y principios del siglo XX: *Polo Bamba* y *Al Tupí Nambá*. La crónica lo cuenta así: «A los hermanos Francisco y Severino San Román nadie les gana en españolismo. Activos, honrados y trabajadores, lo que poseen, que afortunadamente para ellos no es poco, siempre está en primera línea en suscripciones para la patria o para ayudar a los compatriotas.

Pancho, que en el *Tupí Nambá* ejerce de propietario y general de brigada, tiene absolutamente prohibido que se sirva café a ningún *yankee*. Sólo